

TIEMPO PARA CONSUMIR CULTURA

Jacinto M. Porro Gutiérrez

Tengo poco tiempo para escribir sobre el uso del tiempo, pero he necesitado invertir mucho tiempo para escribir estas líneas.

Que el tiempo es escaso parece una realidad "impepinable", si se me permite la ligereza y la huida de la ortodoxia. Porque las cosas no son de cierta manera o de otra porque le parezcan a la gente, no es que sea así porque a ti o a mí nos parezca, sino porque que son así, y el tiempo es escaso. Este carácter lo convierte en valioso e importante, nos parezca bien o no, porque las cosas "son como son". Las cosas alcanzan a ser como son, por encima de unos y de otros, cuando se convierten en objetos, cuando se objetivizan, y esto ocurre con el tiempo, cuando lo consideramos como una construcción humana que siendo subjetiva se ha objetivado y se impone a sus creadores.

Lo que es importante para la vida de los seres humanos, no lo será en tanto en cuanto no se defina o construya como tal. Lo considerado como un problema social, no adquiere esta condición desde la objetividad, ni constituye un hecho objetivo, sino que su identidad y su valor social son adquiridos de forma independiente, dependen de la forma en la que es percibido.

El tiempo constituye una construcción social que se impone a la voluntad y a la capacidad reflexiva de los seres humanos, quienes acababan interiorizando su valía y su escasez, a la vez que el sentido de la responsabilidad a la hora de administrarlo. Porque al ser escaso es importante y es por ello que resulta primordial que sepamos como usarlo. Tenemos poco tiempo, por tanto, debemos ser responsables

y aprovecharlo lo mejor posible dedicándolo a tareas y empresas trascendentes.

¡El tiempo es importante y hay que saber emplearlo! ¿Quién lo dice? No sé. Sí, unos que están por ahí. Unos que no sabemos cómo se llaman, ni dónde buscarlos, pero que nos recuerdan constantemente que no tenemos tiempo y que aquellos que lo poseemos debemos aprovecharlo de manera responsable, empleándolo para trabajar, para gastar lo que nos pagan, para comprar lo que otros elaboran con su trabajo, para hacer más ricos a unos y más pobres a otros. Debemos ser seres responsables nos dicen, que aprovechemos el escaso y valioso tiempo para trabajar y para invertirlo en cosas esenciales, como comprar y adquirir bienes en los que otros han empleado su trabajo y su tiempo, y que nos proporcionarán la posibilidad de disfrutar de un poco más de tiempo para realizar otras cosas, para consumir, para soñar otros mundos, para imaginarnos siendo otras personas, que viven otra vida y otro tiempo más felices.

La sociedad de consumo nos ha exigido consumir y para cumplir con este mandato nos ha proporcionado tiempo para hacerlo. Aun siendo escaso, debemos emplearlo para consumir objetos, ideas e individuos, cada vez con mayor velocidad, para mantener así una maquinaria que no puede pararse, para rentabilizar un bien escaso. No hay tiempo para parar. No hay tiempo para tomarse el tiempo necesario para reflexionar. Los programas y los tiempos han de ser cumplidos escrupulosamente para seguir ensayando y poniendo en marcha otros programas y proyectos destinados a ser consumidos, usados, tirados, desechados, sustituidos por otros.

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Periferica.2009.i10.01>

Si el tiempo es un bien escaso y si unos tienen y disfrutan poco o muy poco de él, podemos pensar que existen otros que deben poseer y disfrutar de más tiempo. Como cualquier otro recurso escaso y desigualmente repartido, unos poseen mayores facilidades para acceder a su uso y disfrute. Unos tienen tiempo, otros no. Unos pueden permitirse el lujo de tomarse el tiempo necesario. A otros el tiempo se les acabó. Unos tienen tiempo para todo, mientras que otros no tienen tiempo para nada.

Alvin Gouldner explica que la definición social de "*Lo que el mundo es*" se convierte en una cuestión política, pues se relaciona con la cuestión de quiénes son los grupos subordinados y quiénes son los dominantes, quiénes son los que tienen el poder y quiénes no, y quiénes tienen la disposición de los recursos escasos y los que no pueden acceder a ellos. La construcción de "*Lo que el mundo es*" se encuentra bajo el influjo de las estructuras de dominación social y por las definiciones de la realidad social de la elite o las élites, es decir, de aquellos que detentan el poder en la sociedad, aquellos que pueden determinar los procesos decisivos de socialización y, por lo tanto, el poder de producir la realidad (Berger y Luckmann, 1968). De manera que unos, aquellos que tienen en sus manos la posibilidad de producir el mundo, son los que dedican e invierten tiempo en indicarnos en qué debemos emplear el nuestro y cómo debemos consumirlo. Son los adalides del tiempo, los que poseen el poder de producir la realidad, aquellos que mantienen al unísono que hay tiempo para algunas cosas y que "*no hay tiempo*", o que "*aún no es el tiempo*" para otras. Quienes proclaman y apoyan las creencias sobre la capital importancia del aprovechamiento del tiempo y determinan quienes están obligados a hacerlo. Aquellos que apoyan las creencias sobre el "*modo natural de ser el mundo*", un modo de ser que viene a coincidir con una representación en la que unos están arriba y otros están abajo.

"*Los que no tienen tiempo*", los que deben hacer un uso responsable -productivo- de él, no les da tiempo a llegar, a comer, a descansar, a ir la cine, a ver la televisión, a estar con los hijos, con las parejas, con la familia, con los amigos. Los que no tienen tiempo ven como la realidad más inmediata se transforma a un ritmo acelerado, siendo los cambios tan rápidos que el tiempo les parece cada vez más corto y escaso, más cortas y escasas las relaciones afectivas, las relaciones de pareja, las relaciones laborales. Más corta y escasa la duración del contrato, la duración del compromiso con el otro. Más corto y escaso el tiempo por venir. Es la vida líquida, como la denomina Baumann (2006), en la que parece que todo aquello que permanece durante mucho tiempo debe ser cambiado, los automóviles, las parejas, el trabajo, el lugar de residencia, los lugares de descanso y vacaciones, los gustos literarios, los musicales, los alimentarios. La inmediatez y la capacidad de transformación en otra cosa se han convertido en elementos imprescindibles de la vida en las sociedades líquidas.

Unos disfrutan de más tiempo que otros. Si alguien no tiene tiempo, otros sí lo tienen. Unos no consiguen tener tiempo para casi nada. No tienen tiempo aquellos que han interiorizado que no lo tienen, porque su tiempo está ocupado en el aquí y el ahora, en el frenesí de la vida cotidiana, en el espacio público de una sociedad líquida que exige rapidez, cambio y adaptación continuos. Otros, los que tienen tiempo no necesitan adaptarse, tienen todo el tiempo del mundo y el mundo se adapta a ellos.

No se lee "*porque hay que dedicarle mucho tiempo*", y algunos sólo disponen tiempo para trabajar, para desplazarse desde sus hogares a sus puestos de trabajo. No se lee porque hay que dedicarle mucho tiempo, cuando en el mismo lapso que permanecemos quietos, inertes ante un programa de televisión anodino, con sus correspondientes

anuncios publicitarios, podíamos haber leído un cuento corto de Monterroso, o del recientemente desaparecido Benedetti. Sin embargo, otros encuentran tiempo para leer *En busca del tiempo perdido* de M. Proust ¡Qué paradoja!

Las clases sociales más altas tienen más tiempo que las clases sociales más bajas. Aquellos que poseen mejores rentas, trabajos y nivel de instrucción, leen más y dedican más tiempo a las actividades denominadas culturales, y son los mismos que disponen de mejores y mayores perspectivas vitales. Son aquellos que han adquirido un tiempo a más largo plazo. Las clases más bajas no sólo poseen menos tiempo, sino de menores y peores perspectivas para su tiempo de vida, a corto y a largo plazo, son titulares de un tiempo corto y escaso.

Las diez Universidades andaluzas venimos desarrollado, desde la plataforma del Observatorio Cultural del Proyecto Atalaya, un estudio sobre los usos, hábitos y demandas culturales de la Comunidad Universitaria, así como de la población de aquellas ciudades en las que se ubican los campus universitarios. Durante estos años, la suma de la investigación, de la experiencia del trabajo y de la reflexión sobre los resultados obtenidos, ha permitido identificar los gustos y preferencias culturales de la población encuestada. El estudio al que aludimos, permite aventurar, entre otras cuestiones, cómo el género, la edad, el nivel de estudios, o la renta disponible, configuran categorías que alcanzan, disfrutan y soportan tiempos distintos, conciben y perciben el tiempo de su vida de manera diferente y, por tanto, dedican fracciones de tiempo, mayores o menores, a consumir éstos o aquellos artículos, mercancías, objetos, entre los que se encuentran los productos culturales de la industria y de las administraciones públicas.

Unos tienen todo el tiempo por delante, los

jóvenes gozan de tiempo para todo, pero corren como si se les fuera a escapar entre los dedos, como si fuera líquido. No han aprendido a saborearlo. Los que han alcanzado una edad media, por no decir avanzada, no tienen tiempo para nada, porque necesitan estar moviéndose continuamente, haciendo cosas, desplazándose de sus hogares a los trabajos, de los trabajos a las escuelas para recoger a los niños, etc., y para algunos, para aquellos a los que no les queda más remedio que permanecer en posiciones y lugares menos móviles, los que tienen una edad por encima de los 50 años, la vida, aunque pasa más rápida, también les proporciona la experiencia de un uso del tiempo más sosegado, para disfrutar, por ejemplo, paladeando la lectura.

La experiencia del estudio sobre los usos, hábitos y demandas culturales ha planteado la necesidad de que nos preguntemos por las motivaciones para asistir a las actividades y convocatorias culturales, por las razones que impulsan a las personas a asistir o no a una actividad cultural. En los inicios del diseño de esta nueva etapa del proyecto, en una de las entrevistas realizadas, al preguntar a una chica joven, estudiante universitaria de primer año, que trabaja, casualmente en una empresa del sector cultural y de servicios, respondía que "*nunca*" asistía a las actividades culturales. La razón argumentada era "*que no tenía tiempo*".

J. M. P. G.

Notas bibliográficas

Baumann, Z. (2006), *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.

Berger, P. y Luckmann, T. (1968), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu ed.